

Simplemente PERFECTO



Patricia Sutherland

Resumen

La vida transcurre apacible para John y Eileen Brady en su rancho de Arkansas.

Mark, su hijo mayor, que dirige eficazmente la explotación agrícola-ganadera más importante de la región desde que John lo dejara a cargo con apenas veinticuatro años, se ha convertido en cabeza de una familia numerosa, cumpliendo así su mayor aspiración personal.

Para Jason, el hijo mediano del matrimonio, las cosas no pueden ir mejor; se ha casado con Gillian, su alma gemela, y ha comenzado el año coronando su brillante trayectoria como entrenador de fútbol con una Superbowl.

Mandy, la única mujer de los hermanos Brady y una famosa cantante de música country, ha sacado a flote su carrera. Atrás quedaron sus años alocados que la convirtieron en objetivo de la prensa amarilla. Ahora tiene éxito en su profesión, está unida legalmente al único hombre que consiguió hacer que deseara sentar la cabeza y, para regocijo de sus padres, se enfrenta a un gran descubrimiento: su reloj biológico, algo que ni siquiera sabía que tenía.

Con el rancho a pleno rendimiento y sus tres hijos felizmente casados, John y Eileen disfrutan de una vejez tranquila mientras ven crecer a sus nietos y se preparan para el gran acontecimiento del año; la graduación de Patty, la joven huérfana que llegara al rancho con la etiqueta de "causa perdida" y que bajo la tutela de Mark ha conseguido encauzar su vida.

Sin embargo, a diferencia de lo que creen sus padres, Jason y su mujer Gillian sienten que su vida no está completa. Les falta algo que para ambos es fundamental y con la resolución que los caracteriza, deciden ir a por todas. Esta decisión, que para la pareja es la más importante que han tomado jamás, cubre de nubarrones negros el tranquilo firmamento familiar y amenaza con provocar la primera gran escisión en el seno de una familia tradicionalmente unida.

Ambientada en Arkansas durante el año 2009, esta nueva entrega muestra un momento clave de la vida de los Brady y, en especial, de la pareja formada por Jason y Gillian.

Simplemente perfecto es la más intensa, la más emocional de la serie Sintonías...Y su punto final.

1

Febrero de 2009.
Rancho Brady.
Camden, Arkansas

Patricia Jones echó un vistazo rápido a su reloj de muñeca y apuró la marcha, seguida de su inseparable perro Snow. La sesión de *footing* vespertina por el rancho se había alargado más de lo habitual por culpa de Damian, que se enrollaba como las persianas, y si no se daba prisa, llegaría tarde. Jason, el mediano de los hermanos Brady, y su esposa Gillian habían convocado a toda la familia a una reunión que se celebraría en la casa familiar, y Mark la había dejado a cargo de los más pequeños; Dean de dos años y medio, y los no tan pequeños, Matt y Timmy, dos hermanos de raza negra de dieciséis y catorce años, que al igual que ella, habían llegado al rancho como niños de acogida.

La muchacha recorrió los últimos cien metros como si pretendiera batir un récord y entró en la casa por la puerta posterior de la cocina casi sin resuello. Un segundo después lo hizo Snow, que fue directo hacia su bebedero.

—¡Tía, al fin, estos cálculos me están volviendo loco! —exclamó Matt, el mayor de los hermanos White, que hasta un segundo antes sostenía su cabeza como si estuviera a punto de caer directamente sobre el libro de matemáticas en el que intentaba concentrarse—. ¿Dónde te habías metido?

—¿Y dónde se va a meter? —intervino el menor con malicia y no completó la frase, esperando que Patty se diera por aludida como siempre, y le echara una de sus miradas fulminantes.

La joven, en cambio, continuó luchando por recuperar el ritmo respiratorio sin hacer caso de las pullas a las que, por otra parte, estaba más que acostumbrada.

Mark, que jugaba con Dean, volvió la cabeza con la regañina en la punta de la lengua, pero al verla doblada, con las manos apoyadas sobre sus muslos, tan acalorada y falta de aire, tan hecha polvo, no pudo evitar compadecerla. Se puso de pie, tomó a su hijo de la silla alta donde se encontraba, y fue a por avituallamiento para Patty.

—Las cosas que hacéis las mujeres por mantener el tipo... —comentó, aguantando la risa, al tiempo que le servía un vaso de agua—. Bebe, primor, antes de que te caigas redonda.

—Por no llegar tarde, querrás decir... —apuntó Shannon, entrando en la cocina por otra puerta que comunicaba con el pasillo—. Pero no lo has conseguido, señorita. Has llegado tarde, que lo sepas.

—¡Solamente un minuto! —se quejó la joven. De tener aire, su queja habría sido más extensa, pero no lo tenía. Apartó una silla torpemente y se derrumbó sobre ella bajo la mirada divertida de su ahora tutor legal, que seguía con la mano extendida, ofreciéndole un vaso de agua.

—Cinco, no uno —la corrigió Shannon, depositando un beso cariñoso sobre la sudada frente de la casi veinteañera—. Eres una tardona.

Shannon buscó su mirada y disfrutó de aquel rostro arrebolado y aquellas facciones que a pesar de seguir teniendo un punto juvenil, empezaban a adquirir madurez. Ahora, Patty estaba en forma y a pesar de que no era bonita, ya no quedaba rastro en ella de la adolescente con problemas de sobrepeso que Mark, muy descriptivamente, había apodado la luchadora de sumo. La dieta —nutritiva en afectos, no solo en alimentos— y el ejercicio habían limpiado su rostro, dándole un aspecto sano, y la estabilidad proporcionada por vivir entre los Brady había hecho el resto. Cuánto había cambiado aquella niña desde que llegara a ella como uno de sus cientos de expedientes de acogimiento, hacía ya varios años.

—El pequeño ya ha comido. Supongo que la cosa no se extenderá demasiado, pero si ves que nos retrasamos, cenad. No nos esperéis, ¿vale? Te he dejado...

Patty respiró hondo antes de soltar la frase de carrerilla:

—La cena hecha en la nevera, pero si queremos pizza, tenemos permiso para asaltar el congelador.

—Casi —apuntó Mark, dirigiéndose a la muchacha, pero echándole una mirada divertida a su mujer.

Patty puso los ojos en blanco.

—Vaaale. “Sin pasarnos, que es comida basura” —añadió, mirando a la pelirroja con impaciencia.

Shannon asintió complacida.

—Buena chica —dijo, y volvió a besarle la frente, lo que propició que los ojos de la muchacha volvieran a ponerse en blanco.

—¿Y yo qué? —intervino Matt, ofreciéndole una mejilla.

—Tú eres un bobo que no se aclara con las *mates* —dijo Timmy con una gran sonrisa, exponiendo su dentadura blanco radiante.

Mark meneó la cabeza divertido. Aquel era el típico caso del muerto que se asustaba del degollado, porque si bien no era ningún secreto que a Matt las matemáticas y las ciencias en general, lo traían de cabeza, a Timmy lo torturaba la lengua. O mejor dicho, al revés, era él quien la torturaba, especialmente a la escrita. Sus redacciones eran el terror de las profesoras de Lengua del colegio.

—Y eso de que Patty es una buena chica... —continuó el más joven de los hermanos White—. Bueno, bueno, bueno... Si los alces de este rancho pudieran hablar...

—Querrás decir *arces* —lo corrigió ella—. Y no, no pueden hablar. Y por cierto, si estuviera en tu lugar, cerraría esa enorme boca negra. A ver si hoy vuelve la esclavitud a esta plantación sureña por decreto de Patricia Jones y además de ayunar, te ocupas de lavar los platos de la cena. ¿Cómo lo ves, pequeño?

Ya, pensó Mark, los arces no hablarían, pero los jornaleros sí. Tarde o temprano, iba a tener que meterle mano a aquel asunto.

Las pedorretas que Timmy le ofreció a la muchacha a modo de respuesta, lo arrancaron de sus pensamientos con una carcajada. Todos rieron ante la cómica desfachatez del más pequeño.

—Haya paz, por favor —pidió Shannon, que también estaba al tanto del asunto de los “alces”—. Todos mis chicos son buenos chicos... *generalmente* —añadió con picardía, y se despidió de ellos, uno por uno.

—*Cuidadín, cuidadín* con lo que hacéis. Portaos bien, ¿vale? —pidió Mark antes de que él y su mujer desaparecieran tras la puerta posterior de la cocina.



Mark tomó a Shannon de la mano y bajaron andando por el camino bordeado de nogales que conducía desde su nueva residencia —un bonito chalé de una sola altura que habían acabado de construir hacía unos meses en la parcela que John Brady había regalado a cada uno de sus hijos—, a la casa familiar.

Había una gran expectación en torno al motivo de que Jason y Gillian hubieran convocado una reunión y, como era habitual, las apuestas estaban a la orden del día ya que nadie había conseguido arrancarles una palabra.

—Bueno, estamos a punto de descubrir qué se propone la parejita... —dijo Shannon mirando a su marido con una sonrisa traviesa—. ¿Ganarás, o tu hermana volverá a llevarse nuestros dineros?

—Ganaré, por supuesto. Sé cómo funciona esa cabecita de pitufa y la admiro por su tenacidad, pero lo que pretende es una quimera. Mi padre no montará ese caballo. Y yo tampoco.

Por “cabecita de pitufa” se refería a Gillian McNeil, la única de los más de cien niños de acogida que habían pasado por el hogar de John y Eileen Brady a lo largo de treinta años, que no solo había regresado a vivir con ellos por propia voluntad al cumplir la mayoría de edad, sino que a día de hoy seguía siendo la única mujer en la plantilla del rancho. Para los hijos del matrimonio siempre había sido alguien especial. Mark y Mandy la consideraban su hermana. Para Jason era su alma gemela y, desde hacía dos años, su esposa.

Pero Gillian, que había estudiado Agronomía, había hecho más que trabajar en el rancho. Tras lograr “venderle” al Gran Cacique —John Brady— un proyecto que consistía en impulsar un sistema de agricultura menos contaminante para el medioambiente en tres hectáreas del rancho, había conseguido demostrar que su sistema de cultivo era rentable además de sostenible. Ahora, según Mark, iba a por todas; meter al rancho Brady en la producción ecológica.

Shannon no entendía de gestión de grandes explotaciones agrícola-ganaderas, ni de los intereses económicos de las grandes multinacionales que controlaban las industrias implicadas, los cuales se verían afectados por la influencia que pudiera tener en la región que el rancho más grande del estado de Arkansas reconvirtiera su actividad a la producción ecológica. Las largas conversaciones de sobremesa que Mark sostenía con su padre eran chino avanzado para ella, pero pensaba que si Jason secundaba la petición de su esposa convocando una reunión conjunta, una de dos: o el proyecto de Gillian era más viable y menos quimérico de lo que la alta plana de los Brady creía, o la razón de la convocatoria era otra. Después de todo, además de un cerebro brillante, Jason también tenía el título de ingeniero agrónomo.

—¿Y tú crees que tu hermano la apoyaría si no estuviera convencido de que es un buen proyecto? La reunión la han convocado los dos...

Mark hizo un gesto dubitativo con la boca. Lo había pensado, sí... Pero no. ¿Acaso su hermanito el cachas no jugaría de parte de Gillian en su partido más importante? Por supuesto que sí; iría a muerte con ella.

—¿Que si la apoyaría? Claro que sí —respondió con toda su seguridad.

Shannon esperó con una sonrisa el final de la frase, que ya se sabía de memoria, y que no tardó en llegar.

“Para Jason Gillian es Dios”, sentenció Mark.



Jordan permaneció recostado contra la puerta, mirándola en silencio. Disfrutando, sin anunciar su presencia, de la transformación que sufría, últimamente, Mandy cada vez que regresaba a casa. Fuera por dos semanas o, como ahora, por un par de días le cambiaba hasta la expresión de la cara; a medida que el relax propio del entorno y la felicidad de volver a estar entre los suyos inundaba sus células, su rostro adquiría aquel gesto permanente, mitad sonriente mitad despreocupado, que él no se cansaba de admirar. Y no por el espectáculo en sí, también por los sutiles mensajes subliminales que Jordan empezaba a captar en esas transformaciones, en la alegría contagiosa que su chica exudaba por cada poro de la piel en cuanto ponía un pie en el rancho Brady...

Llevaba los auriculares puestos, el cabello recogido con la ayuda de un lápiz en un improvisado moño en la cima de su cabeza, aquel gesto de abstracción feliz, y canturreaba unos versos que él no había escuchado antes; estaba claro que componía un tema nuevo. Jordan sonrió ante el pensamiento que le cruzó por la mente; Mandy, la artista, era una mujer con talento y belleza, y al igual que otras famosas, era la protagonista de los sueños húmedos de millones de hombres en el mundo. Pero esta Mandy, la real, la mujer de jersey negro, las zapatillas a juego y los vaqueros desgastados, la que con el pelo enmarañado canturreaba despreocupada frente a la ventana de su estudio, era suya. La que protegía su vulnerabilidad tras un manto de seducción, la que se comía el mundo cuando pisaba un escenario y destilaba tanta dulzura en las distancias cortas, la mujer de la que llevaba toda la vida profunda e irremediablemente enamorado, la que había desandado un largo y tortuoso camino, desde la rebeldía y los excesos hasta la plenitud de una vida en pareja, con proyectos y sueños comunes... Esa mujer que desde hacía seis meses le enviaba mensajes subliminales que hablaban de mucha más estabilidad y muchos y más grandes proyectos comunes que lo ponían como un flan solo de pensarlo... Esa mujer le pertenecía por completo.

Jordan exhaló un suspiro sin darse cuenta.

Diossss, ¿de verdad, quieres lo que creo que quieres, Mandy?

—¿Cuánto llevas ahí? —preguntó ella al tiempo que se quitaba los cascos.

—No mucho... —respondió su marido, practicando un aterrizaje de emergencia en la realidad.

Mandy ladeó la cabeza y le obsequió una mirada incrédula.

—Vaaale, un ratito —concedió él, y se salió por la tangente echando mano de un recurso que siempre le funcionaba bien—. Es que las vistas son tremendas, ¿sabes?

—Y que lo digas —respondió Mandy, dándole un soberbio repaso al vikingo de metro noventa totalmente vestido de negro que estaba recostado contra el marco de la puerta.

—No me tientes que tenemos que irnos...

La pareja intercambió miradas divertidas y al fin, los dos echaron a reír.

—¿Un ratito? Ja. Seguro que llevas media hora plantado ahí mirándome el culo, y te aseguro que me encanta que lo hagas, pero podríamos haber aprovechado mejor el tiempo, ¿no te parece?

Sí, desde luego, pensó el vikingo, pero cada vez que se proponían ‘aprovechar mejor’ un tiempo tan breve, acababan llegando tarde a todos los sitios. O, directamente, disculpándose al día siguiente por no haber asistido. Y a esta reunión no podían faltar; habían hecho una pausa de tres días en la gira y recorrido más de mil kilómetros, expresamente para poder asistir.

—No me tientes, bombón.

Mandy dejó los auriculares sobre la mesa de mezclas y se acercó a Jordan despacio. Esa palabra era mágica. Por más que la oía mil veces por día, el efecto siempre era el mismo. Toda ella se aflojaba.

—¿Y por qué me llamas así si no quieres que te tiente, eh?

Mandy se detuvo frente a él, a un metro escaso. Él bajó la cabeza para mantenerle la mirada.

—Te llamo así porque es lo que eres. Eres un bombón —murmuró.

Ella aspiró el aliento de Jordan como si fuera el aroma más cautivador del universo. En realidad, lo era. Para Mandy, sí.

—Y porque te encanta que te tiente —afirmó ella, mirándole los labios.

—Eso también.

Mandy tomó la muñeca de Jordan, miró la hora que marcaba su elegante reloj y respiró hondo.

—¿Sabes qué, guaperas? —Él negó suavemente con la cabeza y siguió comiéndosela con los ojos—. Nos vamos a tener que quedar con las ganas... —exhaló un suspiro—. La próxima vez, méteme mano en vez de mirarme tanto.

Jordan rió bajito y le regaló un beso en la frente. A pesar de la intensidad del momento y del tono aparentemente sugerente de la conversación, sabía que aquello había ido completamente en serio. Daba igual momento o circunstancia, Mandy siempre estaba dispuesta.

—Venga, preciosa, a ver qué nos cuentan las almas gemelas.

Mandy lo tomó por las caderas y serpentearon por el pasillo que conducía al hall de entrada, haciendo el trencito. Se detuvieron un momento junto al perchero. Jordan le pasó un abrigo y cogió otro para él. Mientras se los ponían, Mandy comentó:

—Ve pensando cómo quemaremos los mil pavos de Mark... ¿Qué tal si vamos al Bellagio?

Jordan soltó una carcajada.

—Podemos volver a intentarlo, si quieres. A ver si esta vez conseguimos salir de la suite un rato lo bastante grande como para quemar los mil pavos...

Intercambiaron miradas pícaras. Menuda nochecita habían tenido a cuenta del diseño de un tatuaje dedicado a ella que finalmente Jordan, por pedido de Mandy, nunca había llegado a grabarse sobre la piel.

—Pues no pienso justificarme por enloquecerte —respondió ella, apuntando a matar con toda su sensualidad—. Lo pasamos de miedo cuando te desinhibes.

Jordan tuvo serios problemas para cerrar la cremallera de su cazadora. Eran dos piezas y una encajaba dentro de la otra sin problemas, pero entre los recuerdos de aquella noche y

las palabras que su mujer acababa de pronunciar, su pulso bailaba el mambo. El resto de él también.

Mandy, enternecida por su reacción, apartó las manos del vikingo y encajó los lados de la cremallera. Alzó la vista para mirarlo y mientras le subía la cremallera, añadió:

—Me importa un pimiento jugar a la ruleta o al *blackjack* —se puso de puntillas y le dio un beso en los labios—, pero encerrarme contigo en esa suite e intentar volverte loco otra vez, es un estímulo lo bastante grande como para querer ganar esa apuesta. Y la voy a ganar.

Jordan asintió. La pelota estaba en su tejado, y tenía que decir algo... hacer algo... Si conseguía que el corazón dejara de dar saltos en su pecho, si conseguía hacer un rebaje de emergencia sin que se le calara el motor...

—Bueno... —se aclaró la garganta y añadió—: Siempre podemos ir al casino igual, aunque no ganes la apuesta... O —sus miradas se encontraron— también puedes intentar volverme loco aquí, en casa.

Mandy tomó el rostro de Jordan entre sus manos.

—La puesta en escena es muy importante —murmuró y miró alrededor con los ojos iluminados—. Este es nuestro nidito de amor, el lugar donde crecerán nuestros hijos...

Un escalofrío recorrió a Jordan de la cabeza a los pies. Era la primera vez que Mandy se refería a “nuestros hijos”. Y además, había usado el plural. De pronto, le faltaba el aire y el suelo bajo los pies. Inspiró profundamente.

—Necesito meter toda la carne en el asador para llevarte a ese punto, Jordan —afirmó Mandy, que tomó la barbilla masculina y, graciosamente, le hizo girar la cabeza para que mirara las paredes cubiertas de fotografías familiares y otros recuerdos entrañables— y esas fotos nos cortarían el rollo.

Otro intercambio de miradas en las que había mucho más que pasión, mucho más que amor. Jordan tuvo claro que Mandy acababa de enviarle otro mensaje, esta vez, nada subliminal. Y cuando vio que ella cambiaba de tema, tuvo más claro aún que no lo había malinterpretado, y el suelo volvió a faltarle bajo los pies.

—Jason y Gillian van a acoger niños —continuó la cantante cuando ya se estaba dirigiendo a la puerta.

Jordan asintió para sí mismo. No la había malinterpretado en absoluto. Siguió a su mujer procurando no pensar en los mazazos que daba su corazón dentro del pecho, y en cuánto le costaba respirar.

—¿Y por qué tendrían que reunir a la familia para eso?

Mandy se volvió con una sonrisa en los labios.

—La noticia no es esa, guaperas. La noticia es que Jason abandona el fútbol.

Jordan frunció el ceño. ¿Dejar el fútbol? ¿Ahora que acababa de ganar una *Superbowl*? Le resultaba de lo más extraño dejar de asociar a su amigo con aquel mundo de tíos musculosos, contratos millonarios y animadoras de escándalo, en el que llevaba desde que era adolescente.

Mandy continuó, convencidísima.

—No va a dejar a Gillian ocuparse sola del tema. Y además, aunque nunca lo haya confesado, necesita niños en su vida tanto como ella. La cuestión es ¿a qué va a dedicarse si deja de entrenar a Los Tigres de Arkansas? —Sus ojos se iluminaron de alegría—. Tienen algo en mente, y por eso nos reúnen.



En la casa familiar estilo victoriana del matrimonio Brady, Eileen daba los últimos toques a la mesa del salón donde té, café y unos canapés esperaban a los asistentes. John, el patriarca de los Brady —o el Gran Cacique, como solían referirse a él sus hijos—, ayudaba a su mujer, repasando las tazas y las cucharillas con un paño. Era el tipo de actividad ideal para un momento como aquel, que podía hacer sin riesgos mientras su mente volaba lejos de la acción que desarrollaban sus manos. No dejaba de repetirse que todo iba bien, que seguramente la idea había partido de Gillian, fan confesa del debate en familia. Pero no conseguía quedarse a gusto. En el fondo de su corazón tenía el presentimiento de que algo verdaderamente importante sucedía para que su hijo mediano, que jamás había buscado el consenso de nadie, decidiera convocar la primera reunión familiar en sus treinta y tres años de vida. Y cada vez que había intentado quitarle hierro al asunto, su otro yo le recordaba que Jason no habría hecho venir a Mandy y a Jordan desde Chicago, si además de importante no fuera urgente.

¿Qué estaría sucediendo?

Un suspiro escapó de la boca del fornido sesentón, que a su edad aún continuaba luciendo una poblada cabellera rubia prácticamente exenta de canas, y para cuando se dio cuenta ya era tarde; su mujer, que se dirigía a la puerta a recibir a los primeros invitados, le palmeó el hombro cariñosamente al tiempo que le decía:

—Ánimo, cariño, estamos a punto de saberlo.



Apenas trescientos metros al este del punto de reunión, los nervios también se habían cobrado una víctima. Gillian prefería atribuirlo al desbarajuste hormonal previo a la regla que, desde que se presentaba con frecuencia casi normal, la traía de cabeza. Llevaba vomitando todo el día y no se debía a otra cosa más que nervios. Jason jamás la había visto tan ansiosa y de más estaba decir que le seguía la corriente porque sabía que, en parte, lo hacía por él, para no preocuparlo. Entendía perfectamente lo importante que era para ella la opinión de “su familia”, como llamaba a los Brady, pero, por una vez, Gillian y él tenían objetivos diferentes. Por supuesto, Jason deseaba que todo marchara sobre ruedas aquella tarde. Que no hubiera conflictos y todos estuvieran de acuerdo con la decisión que la pareja había tomado, pero para él, a pesar de lo unido que se sentía a todos los Brady, la opinión de su familia, en este caso, no sería vinculante; su objetivo era hacer feliz a Gillian, y con el acuerdo de la familia o sin él, seguiría adelante.

—Bueno... Creo que ya estoy —la oyó decir mientras se acercaba recogiendo el cabello en una coleta alta—. Me he tenido que maquillar un poquito, si no en cuanto me vieran iban a llamar al médico en vez de ofrecernos café.

Gillian rió, y como siempre que lo hacía, su rostro se iluminó.

Jason tomó ambos lados de su abrigo de corderito y tiró, atrayéndola hacia su cuerpo. Doblándose sobre su mujer, la besó en los labios una y otra vez ante su expresión sorprendida.

—Te adoro, Pitufina —dijo, respondiendo a aquel gesto interrogante que lucía en el rostro femenino.

Ella sonrió enamorada. Hacía siglos que no la llamaba así.

—Y yo a ti, Jay.

Los ojos de Jason recorrieron las facciones femeninas bañándolas con la misma fuerza que surgía poderosa en su interior. Reconocía el proceso; precedía cada examen, cada partido clave en la liga, cada momento crucial de su existencia. Todo su ser vibraba en una única, poderosa frecuencia, mientras su mente se concentraba en el objetivo.

—¿Preparada?

Gillian inspiró profundamente. Esbozó una sonrisa optimista al tiempo que asentía con la cabeza.

—Al doscientos por ciento, campeón. Vamos a por ello.

Jason volvió a besarla, tras lo cual abandonaron la casa.

El proceso que sacudiría hasta sus cimientos la tranquila vida de los Brady estaba en marcha.

© 2014 Patricia Sutherland.

Simplemente perfecto. Serie Sintonías # 3.1

Capítulo 1.

www.jeraromance.com

Cómprala en:

[Amazon](#) | [GooglePlayStore](#) | [iBooks](#) | [Kobo](#) | [Nook \(Barnes&Noble\)](#)